

GOETHE, J. W.: *Teoría de la naturaleza*. Estudio Preliminar, traducción y notas de Diego Sánchez Meca, Madrid, Tecnos, 1997, 251 pp.

SERGIO GAMBAZZI
Università di Firenze

En una cuidada e impecable edición de Diego Sánchez Meca, anotada y precedida por un esclarecedor Estudio Preliminar de este profesor que se ha destacado en los últimos años por su dedicación al estudio de otros clásicos alemanes (ha editado también textos de Friedrich Schlegel y de Schopenhauer), aparecen, por fin, en edición castellana los escritos más significativos de Goethe sobre teoría de la naturaleza. Sin duda, estos ensayos científicos son mucho menos conocidos hoy en España que las obras poéticas y literarias de Goethe, pero son de un interés fundamental, tanto por la valoración que la crítica científica contemporánea ha llevado a cabo de ellos desde la perspectiva de los movimientos epistemológicos más vanguardistas, cuanto porque evidencian analogías esenciales con el conjunto de su obra literaria. De hecho, la investigación sobre la naturaleza, que Goethe lleva a cabo a lo largo de casi toda su vida, lejos de ser un vacío ejercicio de erudición, contiene —como se expresa en la presentación de estos textos— las claves que permiten penetrar los secretos más profundos de la personalidad de las grandes figuras del mundo literario goetheano: Werther, Wilhelm Meister, Fausto, etc. No obstante, es tal vez —como Sánchez Meca señala en su Es-

tudio Preliminar— el contraste de este modo goetheano de entender la ciencia de la naturaleza por referencia al paradigma matemático-experimental dominante en los últimos siglos, lo que más interés despierta en relación con esta publicación.

Fue el racionalismo de los siglos XVII y XVIII el que preparó el terreno al triunfo de la racionalidad medio-fin, que se produce propiamente en la Ilustración dentro del contexto histórico del afianzamiento de la burguesía propio de la época moderna. En este escenario, conoce su auge la configuración de un lenguaje científico puesto enteramente al servicio del progreso técnico y económico del hombre burgués. Y no se prestan demasiados oídos a las escasas voces que denuncian los límites e inconvenientes de estas tendencias, llamando la atención sobre la necesidad de un cierto equilibrio y de ciertas funciones que también la ciencia debería cumplir para satisfacer otro tipo de exigencias también propias de la sociedad moderna. Es esto lo que presta a esas voces su desgarramiento característico (es el caso de ciertos románticos alemanes, como Friedrich Schlegel), o cierta acritud polémica, como es el caso del propio Goethe. En los textos sobre teoría de la naturaleza que se recogen en el libro que

reseñamos, no se esconde una actitud de abierta provocación frente a las ciencias exactas de la naturaleza, en especial cuando se proclama que lo que se propone como alternativa es un cultivo de la ciencia en el espíritu del arte. Son, pues, otros los objetivos y los métodos que esta concepción de la ciencia ofrece respecto al tipo de ciencia que cultivaban Newton y sus seguidores.

El rechazo de Goethe a los procedimientos de las ciencias empírico-analíticas se pone, por ejemplo, de manifiesto en el ensayo titulado *El experimento como mediador entre sujeto y objeto*, recogido en las pp. 151-164. Aquí se critica la demostración en la medida en que pretende verificar una hipótesis forzando a la naturaleza en un experimento para que la confirme o la invalide. La condición de esta pregunta a la naturaleza es el aislamiento del fenómeno en el experimento. Para Goethe, es inaceptable el aislamiento experimental de los fenómenos tanto de las condiciones objetivas de su aparición, como de las condiciones subjetivas de su observación. La experiencia científica no constituye un ámbito separado de la experiencia vital e histórica del investigador: «El fenómeno puro —dice— se presenta como resultado de todas las experiencias y de todos los experimentos. No puede nunca ser aislado, sino que se muestra en una sucesión constante de fenómenos. Para representarlo, el espíritu humano determina lo que es empíricamente incierto, excluye lo que es casual, separa lo que es impuro, desarrolla lo que es intrincado, y así descubre lo que

no es conocido» (p. 174). Probablemente es aquí donde mejor se pone de manifiesto la diferencia de la concepción que Goethe tiene de la ciencia. A Goethe no le interesan las causas, sino las condiciones bajo las que los fenómenos se manifiestan, porque para él lo importante de la ciencia natural no es tanto su potencialidad de dominio de la naturaleza por el conocimiento de las relaciones causa-efecto, cuanto una determinada contemplación de la riqueza y multiplicidad de sus fenómenos, «de su sucesión coherente, de su eterno retorno bajo mil circunstancias diversas, de su unicidad y mutabilidad» (p. 175). Es decir, el interés de Goethe se dirige a la conexión e interrelación de los fenómenos, y eso es lo que debe tratar de mostrar cualquier experimento. Sólo el saber de la conexión da lugar a un tipo de experiencia superior.

Este es el significado que tiene la propuesta goetheana de pensar la ciencia desde el espíritu del arte, cuya clave la constituye esa idea de un pensamiento totalizador desde cuyo concepto se comprende el sentido de su polémica con las ciencias empírico-analíticas. Goethe postula concretamente una unidad entre ciencia y poesía bajo una determinada interpretación del kantiano concepto de juicio intuitivo: «Podemos pensar en un entendimiento que, no siendo discursivo como el nuestro sino intuitivo, parta de lo sintéticamente universal —de la intuición de una totalidad como tal— y vaya hacia lo particular, es decir, del todo a las partes» (p. 186). Haciendo uso, por tanto, de ese

entendimiento intuitivo —y no sólo del discursivo—, el científico debería establecer un determinado tipo de relación comunicativa con la naturaleza considerándola como un todo vivo y no como una máquina. Es la misma actitud totalizadora que subyace a la negativa a separar al observador del sujeto de la experiencia mundana en general. Y esto lo ponen bien de manifiesto casi todos los escritos de esta selección, en los que se mezclan observaciones empíricas con fragmentos autobiográficos, reflexiones metodológicas con composiciones poéticas... Así, Goethe contrapone la totalidad de la experiencia vital individual a la división del trabajo y la especialización en una sociedad burguesa planificada, tecnificada y burocratizada. El problema principal está en la producción de esa totalidad que, en último término, siempre estará en relación con una cosmovisión cuya necesidad y grado de consenso han sido históricamente cuestionadas junto con la misma sociedad tradicional. El individuo burgués, que se ha liberado de múltiples ataduras, se encuentra aislado como in-

dividuo. El pensamiento filosófico de Goethe, como el de todo el romanticismo y el idealismo alemán, puede entenderse como un esfuerzo por superar ese aislamiento y la desesperación que de él resulta. En este contexto, el arte —como creación de una totalidad estética— vendría a sustituir a otras instancias que antes cumplían esta función: las relaciones vitales, las representaciones religiosas, etc. Para Goethe, la ciencia natural debe desarrollarse también bajo la tendencia a la creación de esta recomposición de la totalidad: no hay que explicar causalmente los fenómenos aislados y dominar así la naturaleza, sino incitar, mediante la intuición, a la participación espiritual de sus productos.

Y así, lo que se plantea, en último término, en los escritos de Goethe es la idea de una determinada relación del hombre con la naturaleza —una relación de comunicación en lugar de una relación de explotación— cuya verdad empieza hoy a ser redescubierta una vez que la sobreexplotación de los recursos naturales se ha convertido en una amenaza seria de destrucción.